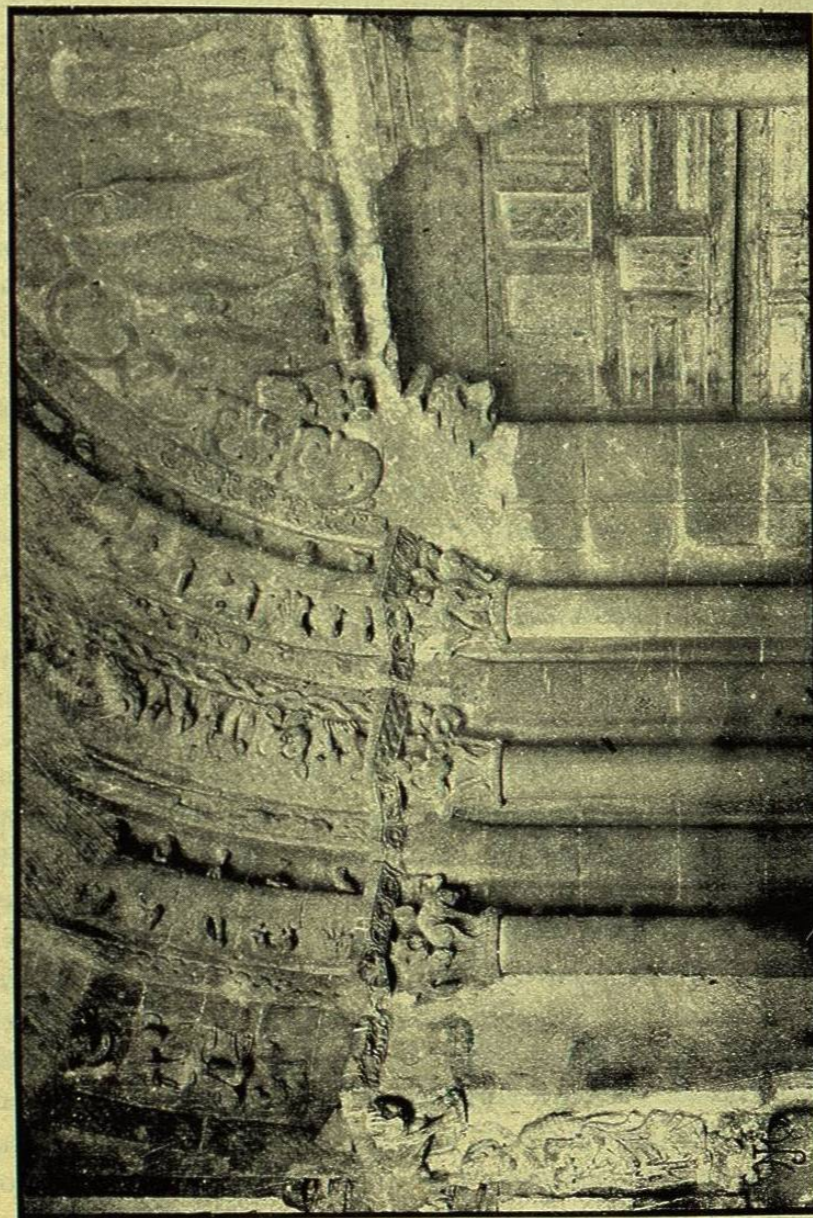


manos en sendos volúmenes, en los cuales ó pudo haberse querido figurar el libro de los Evangelios, ó bien el de la regla del monasterio. Todas estas figuras tienen por repisas animales, que ya parecen perros, ya puercos, ya conejos, y todas uniformemente llevan la túnica plegada de la misma manera, muy ajustada al cuerpo por la parte superior, y por la inferior notablemente voluminosa, formando tres gruesos cañones, con multitud de senos (*sinus*) paralelos á manera de ondas entre cañón y cañón: recuerdo manifiesto, si no remedo rutinario, del plegado clásico de la antigua *stola*; por donde resulta indudable la progenie neo-griega de estas semi-bárbaras esculturas. — Como se ve, los trajes figurados en estos bajo-relieves no son visigodos, ni como los que se usaron en nuestra España en los primeros siglos de la reconquista: esas túnicas, angostas por arriba y muy voluminosas por abajo, recuerdan las *cicladás* que gastaban muchos pueblos de Oriente. Es verdad que el manto de la Virgen parece tener la forma común de la *palla* romana, pero no presentan igual hechura los paludamentos de las otras figuras, completamente desconocidos entre nosotros, reducidos á una capa cerrada por todos lados, como el *amphibalo* griego, y más corta por delante que por detrás. Otro indicio del origen oriental de estas esculturas es la riqueza de la indumentaria, pues todas las vestiduras aparecen orladas de pedrería.

Algunas breves reflexiones acerca de la escultura en la Edad-media harían patente á tus ojos el fundamento con que atribuyo estos bajo-relieves á la época de la restauración carolingia; pero estas descripciones no son de carácter didáctico, y debo suprimir todo lo que pudiera cansarte como demasiado doctrinal. Expuse latamente mi teoría sobre esta materia en otro trabajo de índole distinta (1), y si te dignas leerme allí, acaso quedes plenamente convencido de mi aserto.

Y aun vestigios de mayor antigüedad hemos creído descu-

(1) En mi citada monografía de *San Salvador de Leyre*.



NAVARRA

SAN SALVADOR DE LEYRE.—DETALLE DE LA PORTADA



brir entre los escombros del arruinado convento primitivo, contiguo á la iglesia por el lado del norte. Allí, cuando verificamos nuestra visita primera del año 65, duraban aún reliquias de un arte que en Castilla denominamos *visigodo*, y cuya presencia en la fábrica leyrense no tiene explicación satisfactoria si no se admite la intervención de otro arte anterior al de la época de Íñigo Arista. Aludimos á un capitel de enormes dimensiones que encontramos al penetrar en el derruido claustro salvando un montón de piedras y otros materiales hacinados desde sabe Dios cuándo: capitel á cuyo aspecto nos asaltó el recuerdo de la ornamentación funicular de las iglesias de Asturias del primer siglo de la reconquista. Ese mismo claustro, por el cual andábamos con temor de que se hundiese bajo nuestros piés, había quizá resonado con las pisadas del santo presbítero cordobés allí hospedado por el abad Fortunio en el siglo noveno. Acaso no lejos estuvo la rica biblioteca que aquel registraba en los días de su hospedaje, y donde encontró libros peregrinos.

Pero dejemos ya á Leyre, y sigamos á San Eulogio en su correría por los demás monasterios de la región pirenaica, que para nosotros tiene que ser muy breve.—Volvemos á Burgui, en cuyo término tenemos las ruinas del convento benedictino de *Urdaspal*, comunidad que regía el abad Dadilano. Este monasterio fué anexado al de Leyre por el rey D. Sancho Ramírez en 1085. Creyó Ambrosio de Morales que el cenobio Urdaspalense era San Salvador de Urdax, pero todos convienen en que se equivocó: sus vestigios aún subsisten, y la Carta real de anexión le sitúa en el valle de Roncal á orilla del Ezca.—Acaso visitaría San Eulogio antes que el monasterio de Urdaspal, el de Cillas, situado en tierra de Huesca cerca de la frontera, al norte del río Veral, no lejos de la confluencia de éste con el Aragón. De este cenobio Cellense no tenemos más datos que el que nos suministra el Santo, diciéndonos que era su Abad un tal Atilio; ni habíamos de detenernos en buscar otros no perteneciendo á Navarra.—De Urdaspal, ó más bien de Burgui, subiendo hasta

Vidangoz por la margen arriba del regato que las une, se llega á un paso por donde, torciendo al oeste, se penetra en el valle de Salazar: allí está, próximo á una pequeña corriente de agua que vierte en el modesto río de este nombre, el pueblo de Igal, famoso en los anales eclesiásticos desde que á su monasterio *Igalense* consagró el santo cordobés en su peregrinación un recuerdo que no se desvanecerá nunca. Los vestigios de la iglesia de este antiguo monasterio, duran, disfrazados por obras modernas, en su parroquia de San Vicente: regía aquella santa casa el abad Ximeno cuando lo visitó San Eulogio. El rey D. Sancho Ramírez lo anexó al monasterio de Leyre, juntamente con el de Urdaspal, como su padre D. Ramiro de Aragón agregó el Cellense á San Juan de la Peña.—Para dirigirnos ahora al monasterio Cisariense ó de San Zacarías, objeto preferente de la mística peregrinación de San Eulogio, tenemos que atravesar en dirección noroeste una porción de sierras, puertos, valles y ríos, hasta llegar casi al límite occidental de la merindad de Sangüesa, en la raíz del Pirineo. Que este monasterio fué como el imán que hizo á Eulogio emprender aquella especie de viaje santo, su propia carta lo demuestra (1): «Vínome deseo (dice, refiriendo el estado de abatimiento en que se hallaba de resultas de ver frustrado su proyecto de pasar por la Galia Togata á Baviera en busca de sus hermanos Álvaro é Isidoro) de visitar los lugares santos, para levantar el ánimo derribado con el peso de la tristeza; pero adonde principalmente quería yo ir era al monasterio del bienaventurado San Zacharías, situado á la falda de los montes Pirineos y á los límites de la dicha Galia, donde naciendo el río Arga, y regando con curso arrebatado las tierras de Zubiri y de Pamplona, se lanza en el río Cántabro.» Y describe en los siguientes términos el estado de florecimiento en que halló el santo cenobio: «El cual monasterio, decorado con

(1) Tomamos la versión del P. Moret, enmendando sólo algunos de sus giros, poco conformes con las actuales reglas gramaticales, pero conservando el estilo anticuado de grato sabor.



famosísimos ejercicios de la disciplina regular, resplandecía por todo el Occidente..... Después de haber corrido por varios lugares, finalmente por favor del cielo llegué á aquel monasterio, que tanto había deseado. Presidía entonces en él el abad Odoario, varón de suma santidad y muchas letras: el cual, recibiéndonos (á él y á su amado acompañante, el diácono Theodemundo) sobre cuanto se puede decir amorosamente, ejercitó con nosotros todos los oficios de humanidad. En este Colegio y bienaventurada Congregación, que casi pasaba de ciento, unos de una manera y otros de otra, resplandecían como estrellas del cielo con diferentes méritos de virtudes. Florecía en unos la caridad perfecta de Cristo, que expele todo temor; á muchos la humildad, con que cada uno se reputaba inferior á los demás, los levantaba á muy alta cumbre, contendiendo todos en ser imitadores de los preceptos de Dios..... Obraban todos con emulación santa, y animándose unos á otros, procuraban aventajarse en la virtud. Cada cual aplicaba la industria de su arte para provecho común. Otros entendían en la hospitalidad de los peregrinos y huéspedes, y como si en cada uno recibiesen por huésped á Cristo, agasajaban á todos los que llegaban..... Habiendo vivido con ellos algún poco tiempo, y tratando de partirme, todos se prostraron por el suelo, pidiéndome orase por ellos, y con humildes ruegos se lamentaban de que los dejase tan presto. Acompañábame entonces mi carísimo hijo el diácono Theodemundo, que desde el principio de mi jornada hasta el fin de ella, sin apartarse jamás de mi lado, padeció todos los riesgos de aquella mi peregrinación. Partiéndonos en fin, nos hicieron compañía el venerable abad Odoario y el prepósito Juan, manteniendo por todo el día hasta la tarde conversaciones sobre las divinas Escrituras. Y despidiéndonos con el ósculo de paz, con gran presteza volvimos á ti, oh apóstol de Dios, Wilesindo, por cuya recomendación merecimos recibir de aquellos Padres tantos honores.—Compara luégo el Santo el estado de dichosa paz en que viven aquellos religiosos, con la situación aflictiva en que se encuentra la grey

cristiana de Córdoba bajo la tiranía de sus bárbaros dominadores, y escribe estos elocuentes párrafos en la misma mazmorra en que yace aherrojado: «Yo puesto en Córdoba gimo debajo del impío yugo de los Árabes, cuando vos, en Pamplona, gozáis la dicha de ser amparado debajo del Señorío del Príncipe que reverencia á Cristo (1)..... También yo, pecador, amado vuestro, he sido aprisionado: todos estamos padeciendo los horrorosos ascos de los calabozos..... El furor cruel del Tirano todo lo ha devastado, destruído y aventado, arrojando en las cárceles á los Obispos, Presbíteros, Abades, Levitas y todo el Clero: ha dejado viuda á la Iglesia despojándola de los ministerios sagrados, privándola del oráculo, enajenándola de los oficios divinos. En este calamitoso tiempo, ni tenemos oración, ni sacrificio, ni incienso, ni lugar de primicias con que podamos aplacar á nuestro Señor, sino que en las almas contritas y el espíritu humillado pagamos á Cristo los deseos de sus santas alabanzas; de suerte que faltando en esta congregación la música de los Salmos, resuena en el retiro de los calabozos el murmurio santo de los himnos».—Esto escribía al obispo de Pamplona, Wilesindo, el mártir Eulogio en el año 851, desde la corte de los Califas, donde le tenía con grillos una violenta, aunque pasajera, persecución del nombre cristiano, decretada como medio de gobierno por Abderrahmán II, el musulmán más culto de cuantos ocuparon en el noveno siglo el solio cordobés.—El sitio preciso donde estuvo el monasterio de San Zacarías, en verdad no consta: y es de admirar que una casa religiosa de tanta celebridad y grandeza, donde vivían hasta cien monjes, y que ilustraba todo el Occidente, se hundiese tan por completo y tan de prisa, que ni aun se salvara la noticia de dónde estuvieron sus ruinas. De la escasa noción que acerca de su asiento consigna San Eulogio, deduce el docto analista de Navarra que estuvo el cenobio de San Zacarías en el pueblecillo llamado Cilveti, á cuatro leguas de Pam-

(1) Aludía sin duda á Íñigo Arista.



plona, Arga arriba, y una de Zubiri, que el Santo llama Seburí. No hemos recorrido nosotros esos desiertos donde nacen las fuentes del Arga, pero la reflexión que hace el citado analista en abono de la reducción propuesta, es de gran fuerza: «en el pequeño lugar llamado Cilveti permanece un templo de fábrica bien antigua y magnífica para aquellos tiempos, y duran las líneas de cimientos que se trababan con él y debían de ser de la vivienda del monasterio. De la pequeñez del pueblo no es creíble se levantase tal fábrica con fuerzas suyas, en especial no siendo para iglesia parroquial, sino para ermita, de que sólo sirve». De este monasterio de San Zacarías hizo donación el rey D. García Sánchez, el de Nájera, al obispo D. Sancho y á Don Galindo, Prior de Leyre, en el año 1040.

«Salvamos ahora el puerto de Urtiaga pasando por entre los Alduídes, que caen á nuestra derecha, y el gigantesco pico de Velate, enhiesto á nuestra mano izquierda; atravesamos las profundas simas que, como fauces ansiosas de víctimas del vértigo, nos muestran para aterrarnos los dos montes de Sagardegui y Ziola, y semejantes á las aves, tímidas y atrevidas á la vez, que pasan volando por encima de los abismos, mezclando dulces trinos é involuntarios estremecimientos, llegamos, sin curarnos del risueño y encantador panorama con que nos convida el Baztán á tomar nuevos alientos, á la humilde villa de Urdax, á cuyas inmediaciones hay ruinas que nos atraen. Más adelante nos espaciaremos de nuevo por ese noble valle donde, aunque ya le visitamos para admirar sus naturales bellezas (1) y estudiar sus costumbres (2), nos quedan aún glorias, timbres, flores de la historia y del arte que recoger. No se admirarán de nuestro portentoso vuelo los habitantes de un país donde hay costumbre de ver volar brujas (3).—Estamos en las ruinas del antiguo y famoso

(1) Véase el cap. I, pág. 136 y siguientes.

(2) Véase el cap. VII, *passim*.

(3) Véase en el cap. VI la tradición titulada *Grachina*, pág. 307 y siguientes.

monasterio de *San Salvador* de Urdax, de cuya iglesia se sirve el pueblo, transformada en parroquia. Poco dan de sí estas pobres paredes, pero su historia es interesante: y como tengo á mi disposición dos descripciones, una del año 1799, que sirvió de guía á Traggia para redactar su respectivo artículo en el *Diccionario geográfico histórico* de la Academia, y otra de fecha anterior (del 1785) de que aquel no hizo caso, voy á sacar de ambas la sustancia para que quedes enterado de cuanto se sabe acerca de tan insigne y hoy casi olvidado convento (1).

El antiquísimo Real Monasterio de *San Salvador* de Urdax de la orden de Canónigos Premonstratenses de la Congregación de España, cuya primera fundación se ignora por no haber quedado documentos auténticos que respetasen las llamas en las repetidas veces que fué incendiado su archivo, se halla situado á la vertiente del Pirineo que mira á Francia, distante media legua de la línea divisoria entre ambas naciones, una del más inmediato pueblo francés, llamado Ainhoa, cinco de la ciudad y puerto de Bayona, y once de Pamplona, á cuya merindad pertenece. Confronta al norte y oriente con tierra del Labourd, al poniente con Zugarramundi y á mediodía con el valle de Baztán. Aunque no hay memoria cierta de la época en que fué erigida esta comunidad de regulares del Patriarca San Norberto, porque cuatro veces destruyeron su archivo las tropas francesas, siendo la última en 1793 (entre las dos fechas de las relaciones arriba mencionadas, de que saco esta noticia), consta, sin embargo, que á principios del siglo XVI había escrituras y privilegios de los cuales resultaba que el fundador había sido el rey Sancho Garcés II, llamado Sancho *Mitarra* ó Sancho *el monta-*

(1) Firma la descripción ó relación del año 1785 el capellán D. Agustín de Lanzberro, quien la dirige al Sr. D. Bernardo Espinalt y García; y la de 1799 el abad de Loyola D. José de Enseña, enderezándola al Sr. D. Manuel Abella, secretario de la Real Academia de la Historia. Existen ambas en el tomo I, manuscrito inédito de las *Descripciones de Navarra*, que sirvió de aparato á la expresada Real Academia para formar su *Diccionario geográfico-histórico*, ya citado en ocasiones anteriores.



raz, en lengua vascongada, sin duda por lo que escribió de él el arzobispo D. Rodrigo, y por lo que refieren memorias antiguas, de su afición á habitar en las montañas, haciendo desde ellas frecuentes invasiones contra los infieles y fabricando en lo más enriscado fortalezas cuyo coste le hacía económico la natural fragosidad de aquellas cumbres. Si esta tradición es cierta, como parece muy probable atendida la circunstancia de haberle aclamado por su Duque los gascones ó vascones franceses, incorporados desde entonces por mucho tiempo á Navarra, resultará que el monasterio de que tratamos fué erigido en el siglo x, antigüedad muy respetable por cierto.—Supónese que su cadáver yace sepultado en aquella iglesia, sin que de este particular se encuentre tampoco noticia positiva en el mencionado archivo. De documentos existentes en los monasterios de la misma orden de Valladolid y Retuerta, consta quiénes fueron los primeros poseedores de éste de Navarra. «El convento de Urdax (dice un manuscrito de la librería del de Valladolid), fué antes de canónigos regulares lateranenses: lo fundó un caballero principal y se lo entregó con toda la jurisdicción espiritual y temporal que correspondía á su palacio; quemóse dos veces en tiempo de estos canónigos, y después, viendo ellos que la religión premonstratense florecía en aquellos tiempos, afectos á ella y deseosos de servir á Dios con más estrechez, brindaron á su abad con el convento para que pusiese allí prelado y religiosos franceses. Admitida la donación, se le entregaron, y todos ellos profesaron tomando nuestro santo hábito y dejando el suyo antiguo en la era 1210 (A. D. 1172).»—Confirma esta verdad histórica otro manuscrito de la librería del de Retuerta que lleva por título *Crónica de San Norberto*, en cuya hoja 300 vuelta se expresa lo siguiente: «En el presente año de 1172.... se incorporó en la orden premonstratense el antiguo é ilustre monasterio de San Salvador de Urdax en el reino de Navarra, situado á la falda de los montes Pirineos... Precedieron en este monasterio canónigos regulares lateranenses.» Y á la hoja 31

vuelta dice así: «De su primera fundación no hay memoria ni puntualidad alguna, sea porque en diferentes incendios que ha padecido perecieron los instrumentos, ó si se preservaron, paran en otro monasterio sujeto á Francia.»—Pero aunque el silencio de la historia y los estragos del fuego hayan hecho enigmático el origen de la Real Casa de San Salvador de Urdax, no puede negarse que la califican de ilustre los vestigios de sus antiguas distinciones y preeminencias. Su abad, que ejercía cargo trienal, elegido por el capítulo general de la orden y aprobado por el rey antes de tomar posesión de su dignidad, estaba investido de la omnímota jurisdicción espiritual ordinaria así en la villa como en el lugar inmediato de Zugarramurdi: usaba en su territorio de las insignias pontificales en las funciones sagradas; era convocado formalmente á las cortes del reino, donde tenía asiento y voto entre los próceres del brazo eclesiástico; ejerció también la jurisdicción temporal en Urdax hasta el año 1667, en que por el Consejo de Navarra se adjudicó al mismo pueblo. La dignidad abacial tenía los patronatos de multitud de iglesias de aquella comarca y de alguna de Ultra-Puertos, y en uso de éste y de su jurisdicción ordinaria, proveía los curatos de Urdax y Zugarramurdi en canónigos profesos de su monasterio, y con respecto á las iglesias restantes, de los obispos de Pamplona y Bayona, hacía la nominación y presentación en sus mismos canónigos, quienes mediante la aprobación del ordinario respectivo, servían personalmente dichas parroquias. Consta por último que el abad de San Salvador era el primer llamado á los concilios diocesanos de Bayona, donde tenía el asiento y voto inmediato al Obispo en sus sesiones. Y no desmerecieron los prelados del insigne monasterio de tan grandes honras y distinciones, antes por el contrario, éstas los estimularon siempre á granjearse la estimación de los reyes prestando señalados servicios á la corona.—Componíase la comunidad en 1785 de treinta y dos individuos, muy observantes de la disciplina regular, y de ella salieron varones insig-



nes por su doctrina, entre los cuales citan el buen capellán Don Agustín Lanzberro que nos suministra estos datos, y el abad de Loyola D. José de Enseña que los amplía en 1799, á los PP. mtros. catedráticos de Salamanca, Bartolomé Echenique y Francisco Echeverría, autores de tratados teológicos muy celebrados; al P. mtro. Apodaca, de la propia Universidad; al mtro. Aguirre, autor del famoso *Dies angelici Agustiniani*, y por último á los mtros. Alemán, Mayora, Barreneche y Bengochea, que llegaron á la suprema dignidad del Generalato de la orden en esta Congregación española. Pero la guerra con Francia del año 1793 causó en el santo cenobio grandes estragos, no siendo el menor el destrozo de su magnífica biblioteca, que pasaba de 9000 volúmenes (sin contar los duplicados y de poca importancia), de todo género de materias y muy hermosas ediciones, los cuales fueron pábulo de las llamas ó presa de la soldadesca de ambas naciones, española y francesa, que se cebó en ellos para venderlos ó despedazarlos.—La fábrica, así de la iglesia como de los claustros, toda ella de piedra, fué renovada en la segunda mitad del siglo XVI y según el gusto de aquel tiempo, siguiendo el estilo greco-romano. Venerábanse en el templo varias insignes reliquias salvadas del fuego y de la profanación del enemigo en la mencionada guerra del año 1793; pero desapareció con ésta una preciosa imagen del Salvador, titular de la iglesia y monasterio y patrono al mismo tiempo del pueblo de Urdax, que no tiene otra parroquia: «estatua majestuosa y devotísima, que era continuo atractivo de franceses y españoles, los cuales concurrían á venerarla llevados de la fama de sus muchos prodigios.» El capellán Lanzberro, que tenía ante los ojos esta santa efigie cuando extendía su informe en 1785, escribía: «en la iglesia del monasterio, que es también la parroquial de la villa, se venera una taumaturga imagen del Santísimo Salvador bajo la representación de la Ascensión, etc.» Entre las piezas curiosas que se conservaban en la Sacristía, llamaba la atención y admiraban los inteligentes una Custodia

trabajada con gran primor, realzada con piedras preciosas, dádiva de dos caballeros hermanos llamados D. Pedro y D. Juan de Garasiochea, naturales de Urdax, de no sabemos qué tiempo. El abad de Loyola añade por su parte que esta pieza de orfebrería es *de gusto tan singular en la hechura, que parece no tiene igual en España*.—Finalmente, este mismo informante nos proporciona otras dos noticias de interés, una de las cuales nos hace lamentar la rapidez de nuestra visita á la iglesia de Urdax: es una, y la de más atractivo para el arqueólogo, que al lado del Evangelio se advierte en la pared el sepulcro del rey Sancho Mitarra (el fundador del monasterio) con esta inscripción: COMES SANCTIUS M; leyenda no impropia, si se atiende á que el rey Sancho Garcés II edificó la santa casa en la vertiente septentrional del Pirineo y dentro de la Vasconia francesa, de la cual era Conde. La otra noticia se reduce á que en el año 1797, de resultas de haber los franceses en la guerra de 1793 incendiado y arruinado el monasterio, juntamente con sus herrerías, molinos y demás posesiones, reduciendo á ceniza veintisiete mil robles de sus montes, el rey, á consulta del Consejo de Castilla, por real cédula de 25 de Octubre del referido año, mandó hacer la translación del convento de Urdax á la suntuosa Real casa de San Ignacio de Loyola del valle de Azpeitia, en Guipúzcoa.